

Revista de la CEPAL

Director

RAUL PREBISCH

Secretario Técnico

ADOLFO GURRIERI

Editor

GREGORIO WEINBERG



NACIONES UNIDAS

COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA

SANTIAGO DE CHILE / SEGUNDO SEMESTRE DE 1978

SUMARIO

La ambivalencia del agro latinoamericano <i>Enrique V. Iglesias</i>	7
Acumulación y creatividad <i>Celso Furtado</i>	19
Falsos dilemas y opciones reales en la discusión latinoamericana actual <i>Aníbal Pinto</i>	27
La evolución económica en Centroamérica <i>Gert Rosenthal</i>	47
La actitud de los Estados Unidos hacia la CEPAL <i>David H. Pollock</i>	59
Proteccionismo y Desarrollo <i>Pedro I. Mendive</i>	87
Estructura socioeconómica y crisis del sistema <i>Raúl Prebisch</i>	167
Notas y Comentarios	265
30 años de la CEPAL	281

IV. La participación externa como elemento que ayuda a una mayor participación interna

La participación externa y la interna no son alternativas excluyentes entre sí; lejos de eso, ambas son necesarias y se apoyan mutuamente. La falta de participación externa de los países en desarrollo en las decisiones económicas mundiales no es excusa para que no haya una mayor participación interna; la falta de suficiente participación interna de distintos grupos sociales en los países en desarrollo no es excusa para que el norte cierre al sur las posibilidades de ejercer un mayor peso en las decisiones internacionales.

En lo interno persisten graves problemas de marginalidad, desocupación y pobreza crítica. No es posible lograr una gravitación real de los sectores marginados si no se solucionan estos problemas; la participación en el sistema productivo va unida a la participación política y la social. La solución de estos problemas de desocupación y de pobreza está dificultada por el estilo de desarrollo actual de muchos de los países de América Latina, unida a las dificultades que oponen países desarrollados a las importaciones desde países en desarrollo.

El estilo, basado en el consumo de un grupo reducido de la población de ingresos muy elevados, que copia el consumo de países desarrollados, induce importaciones muy elevadas, favorece el uso de tecnologías que brindan escasa ocupación a la mano de obra, y frecuentemente se traducen en

producciones de bienes que tienen efectos dinámicos muy insuficientes sobre el resto de la economía.

El logro de una mayor participación interna, además del estilo de desarrollo y de otros condicionantes políticos y sociales, depende también de que se logre un ritmo de crecimiento de la economía suficientemente intenso como para permitir la absorción productiva de la mano de obra y para hacer posible elevar el ingreso y el consumo de los estratos actualmente marginados. A su vez este mayor ritmo de crecimiento de la economía requiere una mayor y mejor participación de estos países en la economía mundial y en las decisiones fundamentales en materia de moneda, financiamiento y comercio.

Para que el sur logre una mayor participación efectiva en las decisiones de la economía internacional se requiere, entre otras cosas: una mayor cooperación económica y cohesión entre estos países en las negociaciones internacionales; un mayor ejercicio por parte del sur del poder de negociación que le ofrecen su mercado y sus recursos naturales, poder de negociación que sería aún mayor si se ejerciera en forma conjunta y no por la actuación separada de cada país. La participación en lo internacional debería reflejarse en la posibilidad de que el mundo en desarrollo influyera realmente en el diseño de un Nuevo Orden Económico Internacional que tenga en cuenta sus intereses.

El nuevo orden económico internacional: cuatro visiones*

Luciano Tomassini

1. En 1974 la Asamblea General de las Naciones Unidas, en su sexto período extraordinario de sesiones, adoptó una Declaración y un Programa de Acción sobre el Establecimiento del Nuevo Orden Económico Internacional. Para algunos, este acontecimiento marca un cambio profundo en la evolución de las relaciones centro-periferia. Para otros, se trataría solamente de la última versión de ciertas ideas que estuvieron fermentando durante los veinte años precedentes, y cuya primera expresión sistemática de alcance mundial tuvo lugar en oportunidad de la primera

*Estos comentarios están inspirados en el debate interno realizado en la CEPAL en torno a los principales problemas del Nuevo Orden Económico Internacional, durante la primera mitad de 1978, y muy particularmente, en algunos eventos o trabajos específicos, tales como el ciclo de mesas redondas organizadas con la participación de los profesores Carlos Díaz Alejandro, Albert Fishlow, Abraham Lowenthal y Dudley Seers, con ocasión del seminario sobre Economía Internacional y Países en Desarrollo, organizado por CIEPLAN; el seminario sobre Necesidades Básicas y Nuevo Orden Económico Internacional, efectuado conjuntamente por el Banco Mundial y la CEPAL, como así también algunas actividades de seguimiento relacionadas con los trabajos de la Comisión Brandt. La selección de los temas y su tratamiento son responsabilidad exclusiva del comentarista.

reunión de la UNCTAD en 1964, pero que fueron gestándose desde largo tiempo atrás en la CEPAL, organismo que las articuló en el informe presentado a la reunión del Consejo Interamericano Económico y Social efectuado en Quitandinha, en 1954, y puso ya entonces a disposición de sus gobiernos miembros. Cualquiera sea la apreciación correcta al respecto, pocas dudas caben que, en lo referente a las relaciones norte-sur, el período que se inicia con el alza de los precios del petróleo decretada por la OPEP en 1973 y termina con la conclusión de la Conferencia sobre Cooperación Económica Internacional, que sesionó en París hasta 1977, fue tan rico en avances como en frustraciones. Entre los logros más significativos que se alcanzaron durante ese quinquenio, cabe contabilizar el incremento que experimentó el poder de negociación de los países en desarrollo, considerados en conjunto; la aceptación, por parte de los países industrializados, de la necesidad de introducir cambios profundos en sus relaciones económicas con las naciones de la periferia, particularmente durante el séptimo período extraordinario de sesiones de la Asamblea General, y la mayor profundidad y articulación de las medidas incorporadas en el programa del Nuevo Orden Económico Internacional en comparación con los planteamientos efectuados por el Grupo de los 77 en el pasado. Sin embargo, pocas dudas caben acerca de la modestia de los resultados obtenidos al finalizar sus trabajos la UNCTAD IV y el Diálogo de París. La oportunidad parece, pues, propicia para realizar una apreciación retrospectiva de lo ocurrido durante los últimos cinco años en el ámbito de las relaciones norte-sur, para indagar las causas que explican el estancamiento de las negociaciones respectivas, e identificar los procedimientos más adecuados para reiniciar esas negociaciones sobre bases sólidas. Por consiguiente no debe extrañar que durante la primera mitad del año 1978 la CEPAL se haya ocupado activamente de estos temas.

2. Uno de los factores que tal vez mejor contribuyan a explicar el hecho de que el diálogo norte-sur haya conducido a tan magros resultados radica en la confusión conceptual que parece imperar en el debate. Cuanto más se multiplican las conferencias, foros y proposiciones encaminados a promover la causa del Nuevo Orden Económico Internacional más claro surge el hecho de que en esta materia reina "un gran desorden bajo el cielo". Desde todos los ángulos se formulan propuestas específicas que, según los casos, pueden considerarse complementarias, optativas, contrapuestas o sencillamente inconexas. En cambio,

no se han hecho suficientemente explícitos los grandes modelos alternativos de orden económico mundial en los cuales deberían inspirarse esas medidas. A diferencia de lo ocurrido por lo menos durante los últimos doscientos años en la evolución política, económica y social de los Estados nacionales —que sólo puede explicarse a la luz de la pugna entre filosofías sociales alternativas encarnadas en partidos políticos o en grandes corrientes de opinión— hasta ahora no se han enunciado las grandes concepciones que inspiran los planteamientos que, desde diversas corrientes ideológicas o centros de poder, hoy se formulan con el objeto de reestructurar el sistema internacional. Esta indefinición ha impedido que el debate planteado en torno a las relaciones internacionales haya logrado el nivel de madurez que alcanzaron las luchas políticas en el interior de las sociedades nacionales. Por consiguiente, antes de analizar si existe o no voluntad política de avanzar hacia el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional, parece necesario preguntarse por el tipo de ordenamiento económico mundial deseado. Como, al parecer, detrás de la proliferación de proposiciones formuladas hasta ahora subyacen diversos modelos alternativos de ordenamiento económico mundial, este problema a su vez se traduce en un esfuerzo por definir, caracterizar y distinguir las opciones respectivas.

3. Al avanzar hacia la elaboración de una tipología de esta especie se tornará más fácil apreciar la compatibilidad o coherencia entre las diferentes soluciones específicas propuestas hasta ahora frente a cada uno de los grandes problemas planteados en el ámbito de las relaciones norte-sur. Y lo que es más importante, de este modo también se hará posible evaluar cada uno de los modelos en debate, ya sea en función de su deseabilidad a la luz de los objetivos o valores que sustente cada grupo de países o corriente de opinión, o de su viabilidad a la luz de las realidades y condiciones objetivas que en la actualidad presentan las relaciones internacionales. Tomando en cuenta la magnitud de los problemas que se estuvieron acumulando en este plano durante los últimos años, así como las perspectivas 'mediocres' que presenta la economía mundial en su conjunto, se llega a la conclusión de que los márgenes de maniobra de que disponen los países en desarrollo son bastante reducidos, y que el segundo de los criterios de evaluación antes señalados sería el más recomendable. En otras palabras, una enunciación más clara de los modelos alternativos de ordenamiento económico mundial propuestos

hasta ahora podría permitir a los países en desarrollo explorar los 'límites de lo posible' con mayor precisión y lucidez que en el pasado.

4. La controversia en torno a los posibles modelos de ordenamiento económico mundial parece haber girado fundamentalmente en torno a la pregunta ¿qué grado de integración —o desintegración— de los países en desarrollo respecto de la economía internacional es deseable? Siguiendo de alguna manera la línea de pensamiento sostenida por Dudley Seers en su trabajo más reciente sobre "la congruencia del marxismo y otras doctrinas neoclásicas", más adelante se argüirá que el grado de modernización e integración de los países en desarrollo, en el sistema internacional, no es tan relevante como el sentido o la forma que adopte su participación en el sistema desde el punto de vista de la prosecución de sus valores, objetivos e intereses específicos, tanto individuales como colectivos. En todo caso, hasta ahora se han ensayado para esta pregunta lo menos tres respuestas: a) la primera estaría representada por la 'sabiduría convencional', que preconiza el *laissez faire*, tanto en el plano interno como en el internacional. En este último plano, la asignación óptima de los recursos disponibles y, por consiguiente, la óptima distribución de los beneficios derivados de las relaciones económicas internacionales, se logra mediante la cooperación de la 'mano invisible' de las fuerzas del mercado. Este modelo implica que los países en desarrollo deberían abrir sus economías a las importaciones y a los capitales provenientes de los países industrializados, y especializarse en aquellas actividades económicas para las cuales posean ventajas comparativas, integrándose lo más estrechamente posible dentro del sistema capitalista internacional; b) para los críticos radicales de estos planteamientos, los beneficios que teóricamente podría ofrecer una estrategia de apertura externa se ven frustrados, en la práctica, por las imperfecciones que presentan los mercados internacionales, y por la presencia de un grupo dominante de origen transnacional, que actúa como intermediario entre las economías centrales y las periféricas. De acuerdo con esta interpretación, la historia demuestra que dicha apertura ha significado un importante drenaje de recursos para las economías de los países subdesarrollados, y un factor de retraso. La prescripción es el *delinking*, es decir, la segregación de los países en desarrollo con respecto al sistema capitalista internacional —prescripción que a veces va acompañada, en lo interno, de un llamado a adoptar estrategias encaminadas a promover 'otro desarrollo';

c) el programa oficial encaminado al establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional se encuentra en una posición equidistante entre los dos extremos señalados. El desarrollo de los países periféricos depende de que éstos logren mejorar su participación en el sistema internacional y no, como sostienen los segregacionistas, de su retiro del sistema. Sin embargo, las relaciones norte-sur se desenvuelven dentro de reglas de juego definidas por los países centrales, que discriminan en contra de los países en desarrollo, permitiendo una injusta distribución de los beneficios derivados de aquellas relaciones. Por lo tanto, la falla radica en la estructura misma del sistema, y para compensarla se requiere otorgar un tratamiento preferencial a los países periféricos, tratamiento que sólo puede lograrse a través de un grado considerable de regulación de los mercados internacionales. De allí la necesidad de adoptar un programa integrado de productos básicos, un sistema general de preferencia para las exportaciones de manufacturas provenientes de los países periféricos, mecanismos que aseguren un mayor automatismo del proceso de transferencia de recursos financieros y códigos diseñados para regular el comportamiento de las corporaciones transnacionales y el flujo de tecnología originada en los países avanzados. Se trataría, pues, de una suerte de "social democracia global", cuya supuesta raíz fabiana ya señaló Patrick Moynihan, el ex embajador de los Estados Unidos ante las Naciones Unidas.

5. ¿Cuál es el papel que juega el mercado en cada uno de estos modelos? El primero de ellos preconiza la plena integración de las economías periféricas en el sistema capitalista internacional a través de los mecanismos del mercado. El tercero considera necesaria una creciente participación de los países periféricos en la economía mundial, pero a través de un profundo grado de intervención en los mercados internacionales, o de su reemplazo por mecanismos más centralizados. El segundo de estos modelos finalmente, no sólo rechaza los mecanismos del mercado como el instrumento más propicio para lograr la integración de esos países dentro del sistema económico internacional, sino que también rechaza dicha integración como una meta deseable o conveniente para ellos.

6. Las estrategias más aptas para promover la 'implementación' de cada uno de estos modelos corresponden, aproximadamente, a las alternativas caracterizadas en su oportunidad por Albert Hirschman bajo los conceptos de *exit*, *voice* y *loyalty*, para determinar el funcionamiento de

los sistemas sociales desde un punto de vista más amplio. De conformidad con cada una de esas alternativas, en sus relaciones con el sistema económico internacional, los países en desarrollo deberían optar entre el retiro, la confrontación o la aceptación de sus reglas de juego.

7. Esta caracterización, surgida al fragor de una controversia, podría servir para evaluar la viabilidad de cada uno de los modelos alternativos que están en juego en el debate norte-sur a la luz de las condiciones objetivas que presenta la economía mundial contemporánea, así como de las expectativas y tendencias que pueden apreciarse tanto en los centros como en la periferia. El primero de los modelos señalados supone la existencia de mercados que funcionen bajo condiciones de competencia perfecta. Sin embargo, debido a las distorsiones derivadas de la existencia de poderosos oligopolios nacionales o transnacionales y de las políticas proteccionistas adoptadas por los países industrializados, la 'mano invisible' que debería asegurar la distribución equitativa de los beneficios provenientes del funcionamiento del mercado no se divisa en lugar alguno —e incluso los propios mercados donde se supone que debería actuar aquella mano resultan igualmente invisibles. Por otra parte, los planteamientos encaminados a promover la segregación de los países en desarrollo con respecto al sistema económico internacional parece contraria a la experiencia histórica reciente. Durante los últimos treinta años, el crecimiento de los países en desarrollo estuvo estrechamente asociado con su creciente participación en el comercio internacional, de tal manera que se advierte una estrecha correlación entre la expansión de sus exportaciones, el incremento de su capacidad para importar y el dinamismo de sus respectivos procesos de desarrollo. En particular, a partir del pasado decenio, la expansión económica mundial fue especialmente beneficiosa para aquellos países en desarrollo cuyas estructuras económicas se encontraban más diversificadas y estaban más orientadas hacia afuera. Por lo demás, esta estrategia se encuentra en pugna en la creciente interdependencia de todos los países del mundo, un fenómeno que, como dijo el presidente del Banco Mundial, "moldeará nuestro futuro de una manera que sólo ahora estamos empezando a comprender". Finalmente, aquella estrategia que se propone establecer una especie de "social democracia global", que hasta ahora ha significado una especie de posición intermedia, encarnada en el programa del Nuevo Orden Económico Internacional, apenas si fue

ensayada en la práctica y, cuando lo ha sido encontró severas resistencias o limitaciones.

8. La resistencia que ha encontrado el programa del Nuevo Orden Económico Internacional obedece, entre otros factores, a que las medidas propuestas: a) fueron elaboradas por los países del sur a partir del análisis de sus propios problemas y agravios, con poca consideración por los intereses y tendencias prevaletentes en los centros, lo cual ha conferido a ese programa cierta semejanza con aquellos '*cahiers de doléances*' que precedieron el estallido de la Revolución Francesa, planteamientos que pueden adquirir gran importancia en una situación revolucionaria pero que resultan escasamente operativos dentro de una perspectiva que no prevé cambios revolucionarios a corto o a mediano plazo dentro del ámbito del sistema internacional; b) implican, en su mayor parte, una transferencia unilateral de recursos desde los países del norte hacia los del sur, dando lugar a una suerte de *zero sum game*, que presenta escasos incentivos desde el punto de vista de los primeros, y c) en general tienden a interferir en el funcionamiento normal de los mercados, o a sustituirlos por otros mecanismos más centralizados, desafiando la filosofía económica que oficialmente dicen profesar los países industrializados.

9. Estos sesgos tienden a crear barreras que se expresan incluso en el lenguaje empleado durante las negociaciones. En efecto, el activo papel asumido por los países industrializados en el debate norte-sur, y el hecho de que en definitiva sean ellos quienes están llamados a adoptar las decisiones de las cuales depende el futuro de la economía internacional, hacen aconsejable plantear la discusión en términos comprensibles para sus opiniones públicas y para los principales grupos de presión que deben ser persuadidos acerca de la conveniencia de acceder a las medidas propiciadas por los países en desarrollo. Por lo demás, la circunstancia de que un número creciente, e intelectualmente muy calificado, de expertos y académicos de los países industrializados esté participando en dicho diálogo, ha permitido formular las proposiciones adelantadas por los países en desarrollo de acuerdo con las categorías analíticas a las que están acostumbrados a trabajar. Esta experiencia permitiría conjeturar que incluso es posible referirse, en sustancia, a los mismos hechos que se pretendió interpretar a la luz de categorías tales como "explotación" o "dependencia", utilizando conceptos tales como los de "imperfecciones del mercado" o "dese-

quilibrios de poder” entre los diversos agentes que en él operan. Al fin y al cabo, la determinación del punto a partir del cual las imperfecciones del mercado dejan de ser una mera desviación de la norma y se transforman en una deficiencia estructural, podría ser una cuestión de grados.

10. Un buen ejemplo del diálogo entre sordos que puede producir como resultado las desinteligencias conceptuales y terminológicas antes mencionadas, sería la propuesta formulada por los Estados Unidos en Nairobi, encaminada a establecer un Banco Internacional de Recursos, en respuesta a los esfuerzos desplegados por los países en desarrollo para poner en marcha un Programa Integrado de Productos Básicos y para constituir un Fondo Común para financiar dicho programa. El desarrollo de los recursos naturales existentes en la periferia, la seguridad de su abastecimiento y el comportamiento ordenado de sus precios, constituyen objetivos del mayor interés, tanto para el norte como para el sur. Sin embargo, la propuesta de los Estados Unidos se centró unilateralmente en el incremento de la oferta, y en la seguridad desde el punto de vista del abastecimiento de los recursos naturales necesarios para asegurar la reactivación de sus economías; por su parte, el Grupo de los 77 buscaba fundamentalmente la estabilidad y el mejoramiento de sus precios, a través de mecanismos que implicaban un mayor control sobre la oferta y la posibilidad de limitar la producción de estos recursos. Lo interesante es que este ejemplo permite destacar como, cada vez que se produce un diálogo entre sordos como el mencionado, lo más probable es que salgan perdiendo los países periféricos. En efecto, durante los últimos años el comportamiento de la economía internacional en materia de productos básicos no se ha caracterizado por la ‘implementación’ de las propuestas encaminadas a controlar o restringir su oferta, sino más bien por un acelerado proceso de desarrollo de los recursos naturales disponibles por parte de los países de la periferia, en condiciones no mucho más favorables para ellos que en el pasado, actitud estimulada por las naciones industrializadas, generalmente a través de las corporaciones transnacionales.

11. Frente a una estrategia orientada hacia la regulación o el reemplazo de los mercados internacionales, como la implícita en el modelo de la “social democracia global”, los países en desarrollo podrían encontrar una cuarta opción a través de una estrategia de “participación selectiva en el sistema”, basada en enfoques más desagregados

que los que actualmente caracterizan la plataforma del Nuevo Orden Económico Internacional. Esta opción se fundaría en el reconocimiento de que los mercados tienen un papel importante que desempeñar en el funcionamiento de la economía mundial en su conjunto, y de los riesgos que podría implicar su reemplazo por mecanismos más centralizados. Pero se basa también en la comprensión de que, como ya lo manifestó Carlos Díaz-Alejandro, dichos mercados son “criaturas de los sistemas sociales y políticos” vigentes y no “mecanismos surgidos espontánea e inevitablemente de una suerte de necesidad económica”. En tal sentido, a qué mercado se permite operar y cómo, y cuáles mercados son estimulados o contenidos, constituyen decisiones políticas de carácter nacional o internacional. Lo importante para lograr un reordenamiento equitativo de las relaciones norte-sur radica en que los países en desarrollo tengan un papel que desempeñar en la adopción de esas decisiones.

12. Una estrategia de “participación selectiva” en el sistema internacional, como la antes propuesta, debería implicar una adecuada combinación de tres tipos de acciones: a) medidas encaminadas a corregir las imperfecciones de las que adolecen actualmente los mercados internacionales y que discriminan en contra de los países en desarrollo; b) concertación de acuerdos entre los países del norte y los del sur, complementarios de las solas fuerzas del mercado, con el propósito de asegurar la distribución de ciertas actividades productivas y la promoción de un intercambio comercial que permitan maximizar la utilización de las ventajas comparativas que, dentro de una concepción dinámica, posea cada grupo de países en sus etapas sucesivas de desarrollo, y c) aquellas medidas que impliquen un elemento de concesión o preferencia, que fueren necesarias para paliar las desventajas que afectan a los países del sur, particularmente durante las primeras etapas de su proceso de desarrollo.

13. La identificación de áreas de interés común, que hagan posible una distribución mutuamente beneficiosa de las actividades económicas mundiales, no debería circunscribirse a consideraciones coyunturales o a corto plazo, ni perseguir como propósito exclusivo facilitar la reactivación de las economías del norte, sino que tendría que estar inspirada en una visión a largo plazo y aceptar la necesidad de introducir cambios profundos en el patrón de relaciones económicas internacionales hasta ahora predominantes, si no se desea que los problemas que han afectado

las relaciones norte-sur reaparezcan al cabo de corto tiempo, en forma tal vez más explosiva que antes. En tal sentido, los países del norte deben estar dispuestos a 'implementar' las políticas de ajuste necesarias para facilitar la reestructuración de la economía mundial y abrir paso a una nueva distribución internacional del trabajo, más racional y equitativa. Y lo que es más importante: no considerar estos esfuerzos como un sacrificio hecho en favor de los países en desarrollo, sino como parte normal del proceso de modernización industrial que están obligados a estimular permanentemente, si no quieren condenar sus propios sistemas productivos a la obsolescencia y dejar de ser competitivos en los mercados internacionales.

14. Este enfoque supone el reconocimiento de que la expansión de las relaciones transnacionales —y la creciente interdependencia entre todos los países del mundo— representa un rasgo esencial y una tendencia irreversible en el escenario mundial contemporáneo. Supone también el reconocimiento de que, librada a sus propias fuerzas, esta tendencia hacia la integración de las sociedades periféricas en el nuevo sistema transnacional, a través de sus sectores más modernos, trae aparejado un proceso —indeseable pero progresivo— de pérdida de autonomía, acentuación de las diferencias internas y desintegración nacional de aquellas sociedades. La aceptación de este proceso, sin resguardos de ninguna especie, estimularía la verticalización de las relaciones internacionales y destruiría la solidaridad entre los países del sur, aceleraría el proceso de desnacionalización que, de hecho, ya están experimentando y agudizaría la heterogeneidad interna de sus respectivas sociedades. El rechazo de esta tendencia y la adopción de estrategias de desarrollo autocentrado, orientadas hacia la renacionalización de las economías periféricas, aparte de

implicar la decisión deliberada de pagar el precio de una obsolescencia tecnológica, económica y cultural muy acentuada y posiblemente irreparable, constituye un camino que, en la actualidad, enfrenta condiciones objetivas de viabilidad extremadamente escasas. Una estrategia de "participación selectiva" en el sistema internacional sería más viable. De todos modos, ella requeriría que los países industrializados aceptaran nuevas reglas de juego, redujesen el poder de los oligopolios transnacionales y eliminaran las barreras que actualmente impiden que los países en desarrollo ocupen el lugar que les corresponde en la división internacional del trabajo. Exigiría también que los países en desarrollo adoptasen las medidas indispensables para evitar la progresiva desnacionalización de sus economías y asumiesen en forma gradual y selectiva un papel crecientemente activo de los mercados internacionales, promoviendo el desarrollo de actividades cada vez más competitivas y aprendiendo a negociar en condiciones también cada vez más ventajosas los acuerdos internacionales apropiados para asegurar el aporte de los factores productivos que requieren para la promoción de su desarrollo.

15. En suma, en las actuales circunstancias, una integración indiscriminada en el sistema económico internacional no parece constituir el camino más apropiado para impulsar el desarrollo de los países del sur. Sin embargo, tampoco parece factible, para la mayor parte de esos países, su retiro de dicho sistema —particularmente para aquellos que poseen un mayor peso económico relativo— pues como ha dicho Fishlow, "el problema consiste en la reforma del orden actual, y no en su rechazo". Parece necesario, por lo tanto, ensayar nuevas formas de "participación selectiva en el sistema".